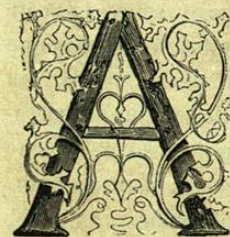


## ALFONSO Y DALINDA

### Ó LOS ENCANTOS DEL ARTE Y NATURALEZA

#### CUENTO

No se pueden conocer los grandes efectos de las variaciones de la naturaleza, paseándose por nuestros campos cultivados, ni tampoco se conseguirá aunque se corran todas las tierras del dominio del hombre: solamente se pueden conocer esos efectos pasando desde las abrasadas arenas de la Zona tórrida, á los inmensos hielos y nieves de los Polos, etc. (EL CONDE DE BUFFON.)



Alfonso, héroe de mi cuento, nació en Portugal. Su padre don Ramiro debia solo al valimiento sus empleos y riquezas. Hijo de padres humildes, pero dotado de mucha sagacidad y astucia, el gusto de la intriga y la ambicion le facilitaron los medios de introducirse en la corte, y él supo hacerse parciales, formar sus cabalas, y llegar finalmente á ser privado de su rey. El jóven Alfonso se crió en Lisboa en el suntuoso palacio de su padre. Como que era el hijo único del hombre mas rico y poderoso del reino, desde la cuna le rodearon la adulacion y vil lisonja, y corrompieron su primera juventud. Don Ramiro ocupado en grandes proyectos, y en pequeñas trazas, no pudiendo ser á un mismo tiempo cortesano continuo y padre vigilante, se creyó obligado á descargar en manos extrañas la educacion de su hijo. Tuvo Alfonso de toda clase de maestros; las lenguas extranjeras, la Historia, las Matemáticas, la Música, el Dibujo, todo se lo enseñaban; y todos sus maestros alababan su maravillosa disposicion, su ingenio y superiores luces; no obstante, solo aprendió Alfonso á dibujar algunas flores, y á tocar la guitarra bastante bien. No era menester mas para ser el ídolo de las damas de la corte, y tanto mas, cuanto que él les daba á entender que era geómetra profundo, fisico excelente, y gran químico. Alfonso lo

aseguraba de buena fe, porque su ayo, sus maestros, sus criados, y toda la turba de aduladores de su padre le habian dicho tantas veces que era un *prodigio*, que no podia dejar de creerlo. No solamente se juzgaba el jóven mas distinguido en la corte por su talento,



su persona y su instruccion, sino que tambien creia que su nacimiento era tan ilustre, como grandes sus riquezas; porque don Ramiro luego que se vió en el candelero, se compuso en los ratos ociosos una soberbia genealogía, en la cual hacia llegar su origen hasta los tiempos fabulosos de Luso<sup>1</sup>. Este fruto de las recreaciones de don Ramiro, á nadie engañaba sino á su hijo. El mundo y los áulicos no creen con tanta facilidad en las ejecutorias antiguas, que solo se vuelven á encontrar cuando se tienen riquezas y valimiento. Pero Alfonso, demasiado vano para no ser crédulo en este punto, no creia que ninguno fuese mas ilustre que su padre y él, sacando al rey y á los príncipes de la real familia. Mas aunque estaba desvanecido con su orgullo, lleno de ignorancia, de presuncion, de fatuidad, y corrompido por el fausto, las lisonjas y la privanza, con todo no estaba enteramente pervertido. Era valeroso, tenia buen corazon y bastante talento. La inconstancia de la fortuna le tenia preparada la mas útil de todas las lecciones.

<sup>1</sup> Antiguamente se llamaban los portugueses *Lusitanos*, nombre que segun una tradicion fabulosa les venia de *Luso* ó *Lisias*, uno de sus reyes, hijo ó compañero de Baco.



La elevacion y privanza de don Ramiro eran hijas, no de su mérito, sino de sus artificios; otro mas astuto que él hizo que se trocase su suerte. En efecto, cayó de la privanza, y se le despojó de todos los cargos y honores que obtenia. Contaba Alfonso en este tiempo diez y siete años. Esta repentina revolucion despojaba á don Ramiro, no solo de cuanto podia lisonjear su vanidad y orgullo, sino que tambien le quitaba la mayor parte de sus riquezas. Tenia el mismo modo de pensar que aquellos subalternos ambiciosos que echan ménos igualmente los empleos y los sueldos. Ademas tenia muchas deudas: su desgracia hizo que sus acreedores se mostrasen tan importunos y molestos, como ántes de ella habian sido sufridos y moderados. Fué preciso que para pagarles vendiese sus haciendas en mucho ménos de lo que valian. Finalmente, solo le quedó á don Ramiro de todos sus bienes el suntuoso palacio de Lisboa; bien que este contenia inmensas riquezas en pinturas, muebles, vajillas, y sobre todo en diamantes. Preciso tambien á venderlo, aguardaba una ocasion favorable, cuando un terrible contratiempo puso el colmo á sus infortunios. Aun no habia dicho á su hijo que su situacion le obligaba á vender el palacio y á irse léjos de la capital. En fin, una mañana le envió á llamar, determinado á decirle claramente el estado de sus cosas y á manifestarle sus ideas.

Luego que quedaron solos: Alfonso, le dijo, quisiera saber el efecto que han causado en ti mi desgracia y la pérdida de mis bienes. — Padre mio, respondió Alfonso, siempre he oido decir en el tiempo de su privanza de Vd. que ningun ministerio habia sido tan glorioso como el suyo, y que la nacion admiraba y amaba sus prendas; por tanto he pensado que el amor de los pueblos y la gloria debian consolarle en una injusta desgracia. Ademas de esto tenemos muchos amigos; cuando Vd. quiera recibirlos, no lo dude, inmediatamente volverán. Nuño, don Álvaro y otros muchos á quienes he hablado me lo han asegurado: me han dicho tambien que muchos de ellos han fingido apartarse de Vd. para mejor servirnos ocultamente. Y sin eso, aun le quedan á Vd. muchas riquezas, y un nacimiento ilustre; y por mas que la envidia le persiga, siempre será Vd. el primer señor del reino.

Muy engañado estás, Alfonso, interrumpió don Ramiro... ¿Ignoras acaso que el nombre de mi padre apénas era conocido? — Ya lo sé, pero tambien sé que aquellas antiguas ejecutorias que Vd. en-

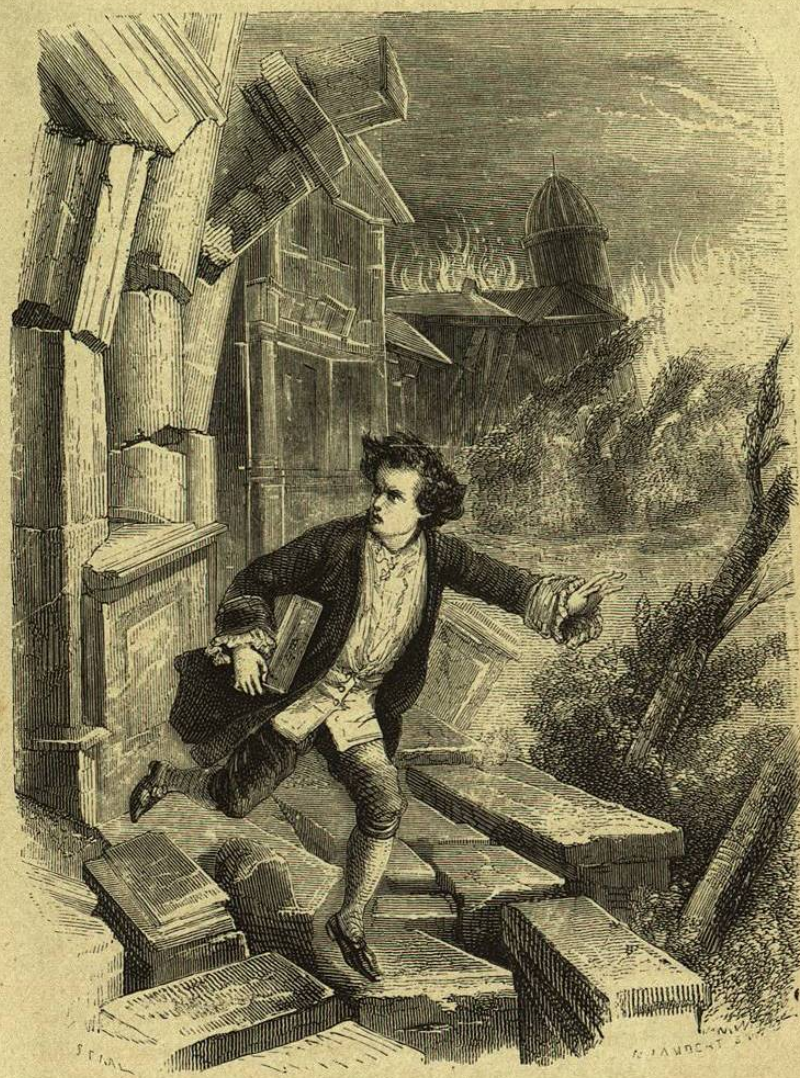
contró hace algunos años nos igualan con el mas noble de Portugal. Vd. mismo me ha enseñado estos preciosos papeles que están guardados en su gabinete de Vd. en un cofrecito. Al oír esto suspiró don Ramiro. Habia tenido en efecto la ridícula vanidad de comprar un árbol genealógico, y no habia conocido sino despues de su desgracia cuán despreciable é inútil es esta indigna superchería. Ya conocia lo que hasta entónces le habia ocultado la lisonja, á saber, que excepto su hijo, todos conocian su nacimiento, y se burlaban de sus locas pretensiones y tretas para ocultarlo. Bien hubiera querido desengañar á Alfonso, pero no podia resolverse á confesarle una falsedad tan indigna. En medio de esta perplejidad estaba triste y taciturno, cuando de repente se estremece, y ve que Alfonso está para caerse. Pálido y atemorizado se levanta: Huyamos de aquí, padre mio, exclama Alfonso, agárrese Vd. á mí, huyamos... Diciendo esto tira de su padre, y huye con él. En el mismo instante oyen mil confusos gritos, se precipitan hácia la escalera; una parte del piso se abre debajo de los piés de Alfonso, quien para no llevarse á su padre tras sí, abandona su brazo, y cayendo envuelto con las ruinas del suelo que se hunde, desaparece á vista de don Ramiro consternado.

Algo herido Alfonso se levanta, y se halla en el gabinete del cuarto bajo de su padre. Entre los escombros y ruinas advierte dos cofrecillos: en el uno estaban todos los diamantes y joyas de don Ramiro, y en el otro las ejecutorias tan estimadas en otro tiempo. Queriendo Alfonso en aquel horrible desastre salvar lo que le parece mas precioso, no duda en coger el cofrecillo de las ejecutorias. Entónces corre hácia la puerta, y huye al jardin; pero deseando saber la suerte de su padre iba, no sin riesgo de perecer, á entrar otra vez en la casa á tiempo que oyó su voz, y un instante despues le vió al otro cabo del jardin. No sin mucho trabajo pudo juntarse con él, porque la tierra en que pisaba se hundia y se levantaba, como el mar en tiempo de una furiosa borrasca. Oía al mismo tiempo un ruido subterráneo parecido á los bramidos de las olas cuando se estrellan contra los escollos. Bamboléase Alfonso, cae, se levanta, vuelve á caer, y no pudiendo mantenerse en pié, se echa en tierra, y arrastrándose hace esfuerzos para llegar adonde está su padre. Ve que por todas partes se abre la tierra, y que de estas hendiduras arroja fuego voraz y llamas resplandecientes que se elevan con ra-



pidez y desaparecen en el aire : cubierto el cielo de humo denso, no presta á esta escena de horror mas luz que la de los relámpagos que penetran por entre sus tinieblas. Lo espantoso de los truenos, y el furor de los rayos que de continuo se desgajan, acaban de completar este tremendo espectáculo. Mira Alfonso en las nubes el rayo abrasador que amenaza sobre su cabeza; ve entreabiertos á sus piés los abismos : mas de una vez, cuando ya se creia llegar á su padre, un nuevo vaiven le arroja léjos de él, bañado en sangre y sudor, cubierto todo su vestido de polvo y arena, pero sin haber soltado en medio de tan horroroso conflicto su precioso cofrecito, se imagina que su padre le recibirá con sumo gozo, y esta sola idea le da fuerzas y valor... Ya por fin va á llegar á su padre, que le espera con los brazos abiertos. ¡Oh padre mio! exclama Alfonso, vea Vd. este cofrecito... — ¿Son mis joyas? interrumpió don Ramiro. — No, no, he escogido mejor; lo que traigo aquí, y que he puesto en salvo son sus papeles de Vd.

Al oírle, consternado don Ramiro, levanta los ojos al cielo : ¡cruel castigo, pero justo de mi necia vanidad! No pudo decir mas; el llanto le embargó la voz. No estaba Alfonso en estado de comprender el sentido de estas palabras, y así no pudo salir de su error, y acercándose á don Ramiro, este le recibió en los brazos. Un instante de calma les dejó considerar los tristes objetos que se ofrecian á su vista. Estaban sentados enfrente del palacio medio arruinado. Aquel soberbio palacio construido diez años ántes; aquel palacio tan nuevo, tan brillante el día anterior, no era ya mas que una ruina : al verle todo demolido y desplomado se hubiera creído que solo el tiempo habia podido producir tan terrible revolucion. Parecia que solo el trascurso de muchos siglos era capaz de destruir un edificio construido con tanta solidez y magnificencia; y no obstante su total destruccion habia sido obra de algunos minutos... Aquel jardin, obra maestra de la naturaleza y del arte, ya no ofrecia á la vista mas que la espantosa imágen del caos : ya no era sino una mole informe de arena, lodo y hojas secas. Aquella misma mañana se admiraba en él una hermosa cascada, y ya no ha quedado ni rastro de ella : en el sitio que ocupaba una montaña artificial levantada á costa de inmensos caudales, solo se veia una espantosa sima. ¿Qué se ha hecho de los bosques de limones y naranjos, las estatuas de mármol, y los tiestos de alabastro y pórfido?... Ya no se

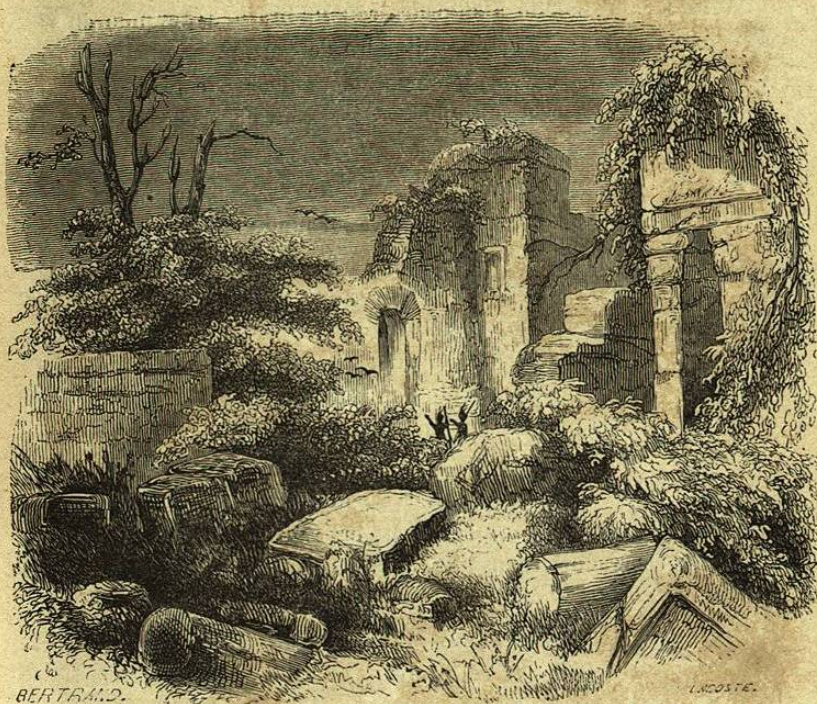


TERREMOTO DE LISBOA.



ve sino tal cual vestigio, solo se encuentran algunos fragmentos; lo demas se ha sepultado.

Atónito vuelve don Ramiro la vista á todas partes : está sentado cerca de un bosquecillo cuyos árboles ha visto nacer, y que ahora yacen arrancados y sepultados en el cieno. Aquellos árboles que debian sobrevivir á la mano que los plantó, han perecido con la misma rapidez que las yerbas y flores que crecian al amparo de su sombra... ¡ Oh día para siempre horroroso! exclamó don Ramiro. ¡ Cuánto trabajo perdido! ¡ Cuántos tesoros sepultados en este desdichado sitio! ¡ Ah!... Si yo hubiese empleado mejor mis riquezas y



todo el dinero que me ha costado ese desventurado palacio!... Pero ya parece que el terremoto ha cesado<sup>1</sup>; veamos si se puede entrar en él. Si á lo ménos pudiésemos sacar mis diamantes... No habia aun acabado de decir esto, cuando una espantosa conmocion le der-

<sup>1</sup> Hubo en Lisboa un espantoso terremoto en 1755.



riba en el suelo : al mismo tiempo se desploman y reducen á cenizas las paredes del jardín, y el palacio se hunde y desaparece ; del sitio en que estaba sale un torbellino semejante á un volcan de fuego y polvo : repara don Ramiro al instante que varios facinerosos con hachas encendidas se encaminaban á las ruinas del palacio con intento de robar lo que hallasen. Quiso Alfonso embestirlos, pero su padre le detuvo, y estrechándole en sus brazos : ¡oh hijo mio! le dijo, huyamos de esta mansion del horror y espanto. Las paredes arruinadas del jardín nos facilitan la salida, no estamos léjos de las riberas del Tajo, vamos, pues, á buscar un asilo en los navíos.

Alfonso, sosteniendo á su padre con un brazo, y llevando en el otro su cofrecito, salió con don Ramiro del jardín, y se hallaron en una plaza, cuyas casas, enteramente demolidas ó consumidas por las llamas, les hicieron ver que el estrago era general. Despues de haber estado expuestos á mil riesgos espantosos, fueron recibidos á bordo del navío que mandaba el valiente y generoso Fernández; Fernández, á quien don Ramiro habia ofendido en el tiempo de su privanza; pero el cual en esta pública calamidad no ve en su antiguo enemigo sino al hombre desventurado que necesita de su amparo. Recibe á don Ramiro, le abraza y le consuela, porque la compasion de las almas benéficas es tan expresiva y poderosa que dulcifica las mayores penas. Viendo don Ramiro que Fernández no se quejaba de daños propios en tan comun desastre, le preguntó de este modo : Vd. tenia muchos bienes; ¿ los ha cogido la destruccion general? — Mi casa de Lisboa se ha quemado... — ¿ Es muy grande esta pérdida? — No, porque mi casa era reducida y de poco valor. — ¿ Ha conservado Vd. sus joyas y diamantes? — No los tengo. — ¿ Tenia Vd. jardín? — Sí le tengo, pero es en una posesion distante de Lisboa, en donde paso la mitad de mi vida... en la provincia de Alentejo<sup>1</sup>. — He oído hablar de ella; ¡quiera el cielo que el terremoto no haya asolado aquella provincia! ¿Es grande la Quinta que Vd. tiene? — No, pero es muy linda. — Creo que ha hecho Vd. algunos establecimientos ventajosos. — Sí, por lo ménos son útiles. — ¿Y qué cosa? — Una fábrica y un hospital. — ¿Produce mucho la fábrica? — Lo suficiente para mantener un crecido número de

<sup>1</sup> Provincia de Portugal entre el Tajo y el Guadiana : la capital de ella es Évora.

fabricantes, y para pagar una parte de los gastos del hospital. — Conozco que emplea Vd. dignamente sus riquezas... El cielo las conservará. ¡Ah! ¡Qué sensible le sería á Vd. con una alma tan generosa el verse arruinado y precisado á abandonar esos piadosos establecimientos! — Entónces me serviria de consuelo la memoria del bien que habria hecho. Estas últimas palabras atravesaron el corazon de don Ramiro; ya conocia y lloraba el vano empleo que habia hecho de sus riquezas; sus ojos se abrieron, pero tarde, para su quietud y gloria.

Las generosas solicitudes de Fernández consiguieron del rey una corta pension para don Ramiro, que absolutamente no tenia con que subsistir, y con la cual á lo ménos podia mantenerse. Determinó irse á establecer á la provincia de Beira<sup>1</sup>. En efecto, partió con su hijo, y se fijó en un asilo oscuro y campestre, cerca de las agradables riberas del Mondego. Allí, seguido de importunas memorias y de crueles remordimientos, no pudo encontrar la quietud que iba buscando.

Alfonso, devorado de ambicion, y cuya presuncion y orgullo no se habia corregido con las desgracias, se consolaba en su estado con la esperanza de hacer con el tiempo una fortuna mas brillante y permanente que la de su padre. Formaba mil proyectos extravagantes y quiméricos, que aunque imposibles y absurdos, su ignorancia y vanidad hacian que le pareciesen muy fundados. Incapaz de reflexionar y de ocuparse en cosas útiles y de importancia, gastaba gran parte del dia en leer novelas. Esta lectura vana y peligrosa exaltaba é inflamaba su imaginacion, dándole al mismo tiempo las ideas mas falsas del mundo y de los hombres. Cerca de la casa que habitaba estaba la famosa fuente del Amor, nombre que le viene de dos amantes desgraciados, que guiados en otro tiempo por una ciega pasion se juntaban en ella. Estos fueron don Pedro y la hermosa Ines de Castro, que en sus márgenes se hablaron mil veces de su amorosa pasion<sup>2</sup>. Dos antiguas palmas hacen sombra á esta fuente : están unidas la una á la otra con una guirnalda flexible de pámpanos y hiedras : el agua que se precipita desde un alto peñasco, vuelve á

<sup>1</sup> Coimbra es la capital.

<sup>2</sup> Esta es en efecto la tradicion vulgar : aun se ve hoy día dicha fuente cerca del Mondego con el nombre de *la Fuente del Amor*. El Camoens en su poema de *os Lusíadas* hace nacer esta fuente de las lágrimas que á la muerte de la desgraciada Ines derramaron las ninfas del Mondego.



caer formando una cascada natural, y formando un arroyo se pasea lentamente con blando murmullo por un prado siempre verde y cubierto de mirtos, laureles y naranjos.

Iba muy á menudo Alfonso á leer ó á cabilár en este apacible sitio : una mañana que fué algo mas tarde de lo que acostumbraba, oyó al acercarse á la fuente dos personas que hablaban en una lengua extranjera. Alfonso distinguió una de las voces, tan dulce y atrac-



tiva, que entró en deseos de ver á la persona que hablaba. Turbado se acerca por entre unos mirtos; aparta un poco las ramas, y sin ser visto, mira el objeto mas digno de fijar su atencion y sus ojos. Era esta una jóven de edad apénas de quince años, y hermosa en extremo, sentada junto á la fuente, al lado de un hombre que al parecer era su padre. Estábale escuchando con una atencion tan grande, que fácilmente comprendió que le estaba contando alguna cosa particular; le enseñaba las palmas y la fuente. Por sus acciones

juzga Alfonso que le está refiriendo la historia de la infeliz Ines. La jóven con los ojos fijos en el rostro del extranjero, calla y escucha, pero la expresion de su semblante hace que se comprenda fácilmente lo que le está diciendo. La curiosidad, el temor y la compasion se pintan sucesivamente en su rostro, pero con tanta energia, que Alfonso cree que está viendo lo mismo que á ella le cuentan. De allí á poco ve correr sus lágrimas, y llora con ella la muerte de Ines. Pero en breve cesa el llanto; la jóven se estremece, el terror, la indignacion ocupan el lugar del enternecimiento. Alfonso se horroriza con ella, y detesta los excesos que cometió el infeliz don Pedro arrastrado del deseo de vengarse... Ya se ha acabado la historia de Ines : no obstante, el extranjero sigue hablando; sin duda que está haciendo algunas reflexiones acerca del peligro de las pasiones, y sobre la fatal y criminal imprudencia de las jóvenes, que dan entrada en su pecho á una pasion sin el parecer y consentimiento de sus padres. Á este punto la hermosa extranjera se arroja en los brazos del hombre con las mas tiernas y afectuosas expresiones de cariño : y despues volviendo á la fuente sus ojos bañados en llanto, á aquella fuente testigo en otro tiempo de los indiscretos juramentos del amor, suspira, y arrodillándose, juntando sus hermosas manos, y levantándolas al cielo, parece que promete al autor de sus dias una eterna sumision. Su hermosura en esta actitud tenia algo de angélica y celestial.

Al verla en aquella postura no pudo Alfonso contener su admiracion, y sin poderlo remediar hizo una grande exclamacion, pero al mismo instante, temiendo ser descubierto, se apartó de allí con ligereza. Llena su imaginacion con lo que acababa de ver, y sin reflexionar tomó el primer sendero que se le presentó. Pero á poco rato volvió hácia la fuente, mas ya no estaba allí su hermosa extranjera. Triste y pensativo contempla Alfonso el sitio en donde habia estado; se le figura que la está viendo de rodillas delante de su padre, cree que la oye hablar, y con todo no le quita esta ilusion el dolor que le causa su ausencia; siente su corazon oprimido y sus ojos arrasados en lágrimas... En este arrobamiento estaba sumergido, cuando de improviso oye un grito que penetra hasta lo íntimo de su corazon : corre, vuela, ¿ y qué ve? Á la hermosa extranjera sola, pálida y despeluznada, huyendo de un toro furioso que la persigue... Arrójase Alfonso á ella, la coge en sus brazos y



la salva, en el mismo instante en que postrada del susto acababa de caer en el suelo á diez pasos del toro. Cargado Alfonso con tan preciosa alhaja, huye con velocidad del animal furioso, y lleva á la incógnita desmayada á lo mas alto de una peña. Á este tiempo ve al padre que llega corriendo todo asustado, y que al ver á su hija en salvo bendice al cielo y á su libertador; pero cuando iba á llegar á ellos, el toro se revuelve y le embiste. No tuvo tiempo de subirse á un árbol para evitar la furia de aquella fiera: en vano Alfonso, sosteniendo con un brazo á la incógnita, que aun no habia vuelto en sí, le alarga una mano para que suba; el extranjero le grita en portugues que no abandone á su hija sobre aquel peñasco, y se esconde detras de la palma mas gruesa. Va el toro á pasar por entre las dos palmas, y aunque el paso era estrecho se arroja: la cabeza y los cuernos se le enredan entre los festones de hiedra: las palmas le oprimen por los ijares, y forcejando por desasirse cae en el suelo. El extranjero se aprovecha de este instante: saca de la faltriquera un estuche, coge una aguja, y se la mete al toro por las espaldas. ¡Cuál es la admiracion de Alfonso al ver que el toro da un espantoso bramido, procura levantarse, se estremece, vuelve á caer, y muere!

Esto sí que es imposible, exclamaron al mismo tiempo los tres niños. — Pues es muy cierto. — ¿Pues cómo, mamá? ¿Un toro muerto con una aguja? — Sí. — Vea Vd., dijo Pulqueria, si tenia yo razon de llorar cuando me piqué con las espinas del rosal. — No eran aquellas espinas tan peligrosas como la aguja del extranjero. — ¿Y era muy larga la aguja? — No tanto como los alfileres con que se prenden los sombreritos. — Parece increíble. — Pues aun tengo cosas mas admirables que contaros. — ¡Qué historia tan hermosa! Mamá, háganos Vd. el gusto de continuar; ya no la interrumpiremos mas.

Alfonso, prosiguió la Marquesa, se quedó tan espantado como vosotros de la repentina muerte del toro: el asombro le tenia sin movimiento cuando el extranjero subió á la peña y tomó á su hija en los brazos, á tiempo que esta vuelta en sí abria los ojos. No fué Alfonso testigo insensible de la alegría del padre y de la hija. Como esta no sabia el portugues, no pudo dar las gracias á Alfonso, pero en breves palabras refirió á su padre el terrible peligro de que la habia librado. El incógnito manifestó el mas vivo agradecimiento al

generoso libertador de su querida Dalinda (así se llamaba la extranjera) y en tanto que él hablaba, Dalinda arrojó á Alfonso una tímida mirada mucho mas expresiva que todas las razones de su padre. Penetrado, arrebatado de admiracion Alfonso, hizo várias preguntas al extranjero con mucha distraccion, sin otro fin que el de dilatar mas una conversacion tan grata para él. Entre otras cosas le preguntó cómo se habia separado de su hija: el incógnito le satisfizo diciendo que se habia puesto á coger algunas plantas medicinales; que Dalinda hacia lo mismo, y que se habian separado divertidos en esta ocupacion, pero sin dejar de verse; que de allí á poco levantó la cabeza, y vió que corria con una ligereza indecible, y distante de él mas de seiscientos pasos; que entónces solamente vió al toro que la seguia; y que precipitándose á socorrerla, habia tropezado en un árbol que estaba caido, por cuyo accidente no pudo alcanzar á Dalinda. Luego que hubo acabado esta narracion, le preguntó Alfonso si pensaba estar algun tiempo en Portugal. No, replicó el extranjero, porque nos vamos ahora mismo á España, cuyas provincias veremos muy despacio. Consternado Alfonso bajó la cabeza y enmudeció, y el incógnito volviendo á darle las gracias con los términos mas afectuosos, se levantó, y despidiéndose de él se fué con Dalinda.

Algunos minutos se está Alfonso como inmóvil y petrificado; despues volviendo en sí se aparta prontamente de la fuente, quiere volver á encontrar al incógnito, hacerle mil preguntas, y sobre todo saber su nombre y patria: no comprende cómo ha podido dejarle ir sin tomar unas informaciones tan importantes, corre, busca como un insensato, pero todo en vano. Oprimido del cansancio y de su pena vuelve á la fuente; y cuando ya está cerca ve relucir cierta cosa á un lado del camino: se acerca, y reconoce que es una banda azul bordada de oro. Su corazon palpita, conoce la banda de Dalinda... En aquel sitio fué en donde rendida del susto cayó desmayada, y Alfonso al tiempo de cogerla en sus brazos habia desatado la banda que ceñia su delicado talle. Enternecido y fuera de juicio recoge Alfonso con ánsia aquella prenda tan preciosa para él. El ceñidor de Dalinda es el de las gracias é inocencia. Suspirando jura llevar siempre consigo aquel precioso despojo que la casualidad le regala: entre tanto las horas se pasan, sin poder Alfonso apartarse de la fuente, y hubiera pasado la noche sepultado en sus cabilaciones, si don Ramiro no hubiese ido á buscarle.